

## Prólogo

---

*Somerset, Inglaterra, 1420*

La partera le pasó a Radolf el bultito con el recién nacido chillando y pataleando, con la carita roja y todavía mojado, envuelto en un paño de lino.

—El bebé es robusto, sano y fuerte, excelencia —dijo, con una voz totalmente desprovista de entusiasmo.

Radolf cogió al bebé con temerosa expectación.

—Déjame verlo —ordenó.

Sabiendo lo que deseaba ver, la partera echó atrás el paño para dejar a la vista el sexo del bebé.

—¡Un hijo! —exclamó Patton, el caballero jefe, mirando con franca envidia por encima del hombro de Radolf, y luego le dio una palmada en el hombro al tiempo en que en la sala grande resonaban los gritos masculinos de celebración—. Un hijo, por fin, con tu pelo negro en la cabeza y tu vigor en su pecho.

Un hijo. En el interior de Radolf se mezcló la incredulidad con la alegría. Había rezado, trabajado y hecho planes para ese momento desde el día en que el rey le otorgó Clairmont Court y el ducado, porque, ¿de qué servirían las tierras y el título si no tenía un hijo para heredarlos?

Levantando en alto al bebé se dio una vuelta completa y gritó:

— ¡Mirad a vuestro futuro señor!

Los gritos de celebración estremecieron las vigas y el bebé be-rreó. Con sumo cuidado, Radolf lo bajó, se lo entregó a la partera y le remetió el paño cubriéndole los agitados bracitos y piernas.

— Fájalo bien, manténlo abrigado y seco y busca una nodriza para que lo amamante hasta que le venga la leche a mi señora.

Con la cara pálida como la cera, la partera devolvió al lloroso bebé al calor de su amplio pecho y lo cubrió con el borde de su capa.

— Eso no tendría que ser ningún problema, excelencia.

Cogiendo la jarra de cerveza que le ofreció alguien, Radolf bebió su primer brindis por la buena salud de su hijo. Se limpió la boca con el dorso de la mano y frunció el ceño.

— Sé que Jocelyn desea amamantarlo ella, pero no podemos permitir que mi hijo pase hambre.

— Tu esposa no lo amamantará — dijo la partera.

Radolf bebió otro trago y eructó.

— ¿Ha cambiado de opinión? — Recordando de quién hablaba, aulló de risa—. Noo, Jocelyn no. Es una mujer tan terca como...

— Como tú — terminó Patton gritando.

Se desvaneció la sonrisa en la cara de Radolf y lo miró furibun-do. El enorme hombre se encogió ante la furia que vio en sus ojos azules. Cuando Patton retrocedió encogido, demostrando el res-peto suficiente por su furia, Radolf se relajó:

— Sí, tal vez es cierto. — Le dio un golpe en la oreja, un golpe amistoso que lo lanzó solamente hasta la mitad de la sala—. Jocelyn es tan terca como yo. — Levantó la jarra—. ¡Un brindis! Por Jo-celyn, compañera de cama, ama de casa, curandera, y la única esposa que me ha dado un hijo.

Los hombres bebieron, pero la partera continuaba ahí, acunan-do al bebé en sus tiernos brazos y mirando a Radolf como si fuera más que terco, como si fuera un cerdo.

¿Qué diablos le pasaba a la vieja bruja? Incluso una partera ig-

norante tenía que saber que el nacimiento de un hijo era motivo de celebración. Irritado, le preguntó:

—¿Qué pasa, mujer? ¿No te he dado ya las órdenes?

—Sí, excelencia, sí, pero pensé que tal vez querías saber por qué tu esposa no va a amamantar al bebé.

Algo en su manera de decir eso lo hizo recordar los gritos provenientes del aposento soleado una hora antes. Los hombres decían que las mujeres gritaban durante el parto, y sabían de qué hablaban, ¿no?

Le pasó la jarra a un escudero que pasaba por ahí.

—Jocelyn ya está peleando por levantarse, ¿verdad?

La partera negó con la cabeza, en silencio.

Él le cogió el brazo.

—¿Está enferma?

—No, excelencia.

Él sonrió.

—Bueno, pues, ¿por qué esa cara tan larga?

—Murió —dijo la partera, con voz lúgubre, como quien ha asistido el parto de un bebé muerto.

—Mientes. —Él sabía que eso tenía que ser mentira. Jocelyn no era una mujer maciza, pero era la primera de sus esposas que le pagaba con la misma moneda. Jamás se echaba atrás, jamás se asustaba ante sus gritos, jamás se encogía ante sus cicatrices o su mal genio. Era la primera esposa que le había dado un hijo—. Mientes.

No le gritó, pero la partera retrocedió encogida como si le hubiera gritado.

—El sacerdote está con ella ahora. —Acomodando más al bebé en su pecho, se dirigió a la puerta—. Puedes ver el cuerpo de tu señora esposa cuando la hayamos limpiado y preparado.

Radolf la siguió.

—Mientes.

—No debes entrar ahí —dijo ella—. Verla así no es apropiado para un hombre que no sea sacerdote.

En ese momento salió el sacerdote del aposento soleado, con la cara larga, y Radolf lo detuvo.

—Dime que es mentira —le dijo.

Era un sacerdote anciano y duro de oído, pero al parecer era experto en comprender la incredulidad de un marido.

—Hijo mío, debemos resignarnos a la voluntad de Dios.

Radolf movió las manos, cerrándolas y abriéndolas, cerrándolas y abriéndolas.

—¿Resignarnos? ¿Resignarnos? —repitió en voz más alta echando a andar hacia el interior de la habitación.

El sacerdote se abalanzó y le cogió del cuello por la túnica.

—Sería mejor que no miraras.

Radolf continuó caminando, llevándolo como una pulga aferrada a un perro.

En el interior de la habitación, las apenadas criadas de Jocelyn corrieron hacia él, bloqueándole la visión.

—¡Excelencia, no puedes! —gritaron al unísono.

Pero sí que podía. Ella estaba en la cama, sola, fría, blanca, inmóvil, el pelo dorado que tanto le gustaba acariciar apagado por el sudor.

«No es cierto, no es cierto.»

Las sábanas estaban rojas de sangre. Los vivos ojos azules que lo desafiaban y embelesaban estaban cerrados y muy hundidos.

No es cierto.

Sus bien formadas piernas se veían torcidas, como si se le hubieran roto los huesos con el esfuerzo de parir a su hijo.

El hijo por el que había rezado con exclusión de todo lo demás.

No es cierto.

Algo, alguien, le golpeó la espalda y lo zarandeó hasta dejarlo mirando hacia la puerta. Alguien caminaba delante de él, tironeándolo para llevarlo de vuelta a la sala grande. A través de la niebla que le cubría los ojos, lo vio. Era Patton. Movía los labios y desde muy lejos oyó sus palabras de consuelo:

—Siempre puedes buscarte otra esposa. Ya tienes experiencia en lo de buscar esposa. Has tenido mala suerte al casarte con mujeres tan endeblas que no han podido llevar a término a un hijo, pero Jocelyn te ha dado uno, y tu próxima esposa también te lo dará.

De la garganta de Radolf salió un grito, con tanta fuerza que hizo encoger a todos los hombres de la sala.

—¡No! —Levantó la mano y lanzó a Patton al suelo de una bofetada en la cara—. ¡No! —Cogiendo un banco lo arrojó sobre las mesas de caballete y salieron volando jarros y copas; el olor a cerveza amarga impregnó el aire—. ¡Nunca más!

Su mirada se posó en la partera, y echó a caminar hacia ella. Chillando, ella intentó proteger al bebé con su cuerpo.

—Bruja estúpida —dijo él, su tono embargado de desprecio. Suavemente apartó el paño que cubría a su hijo y le acarició el pelo negro tan parecido al suyo—. Jamás le haría daño al niño. Jocelyn dio su vida por este niño y eso me lo hace doblemente precioso. —Mirando a los ojos a la mujer, ordenó—. Búscale la mejor nodriza de Inglaterra. Asegúrate de que la leche sea pura y dulce. Cuida bien de mi hijo, porque es el único que tendré, y si él muere, tú también.

—Sí, excelencia —dijo la partera.

Se inclinó en una reverencia, luego en otra y, a un gesto de él, corrió hacia el aposento soleado, para bañar ahí al bebé junto al calor del fuego del hogar.

Tambaleante, Radolf se dirigió a su macizo sillón para desmoronarse. Entonces miró el símbolo de su señorío: la madera oscura labrada con complicadas ornamentaciones, los cojines tapizados que protegían su noble culo, y recordó. Recordó cuando Jocelyn lo embromaba por su título; recordó cuando conseguía derribarla y sentarla en su regazo; recordó la promesa que le hizo de mandarle hacer un sillón noble, si le daba un hijo.

«No es cierto. No para siempre.»

Cogió el sillón y lo levantó en alto; cayeron al suelo los cojines. Lo llevó hasta la ventana. No cabía por esa estrecha abertura, así

que lo golpeó contra la pared de piedra hasta que se desprendieron las patas y se desarmó el respaldo. Entonces lo arrojó por la ventana y escuchó atento hasta oír el satisfactorio ruido que hizo al estrellarse en el suelo.

Astillas. Era todo astillas.

Cierto. Para siempre. Jocelyn había muerto, muerto por su hijo, por Clairmont Court y por él, y ninguna otra mujer sería digna jamás de ser la esposa del duque de Clairmont.

Levantando el puño hizo el juramento que lo ataría.

—Por el bien del hijo de mi dulce Jocelyn, removeré cielo y tierra para conservar Clairmont Court, para siempre.

# Capítulo 1

*Somerset, Inglaterra, primavera de 1816*

Un fantasma se pasea por los corredores de Clairmont Court por la noche.

La señorita Sylvan Miles se afirmó la papalina con una mano y se sujetó a una correa con la otra pues el coche abierto de dos ruedas comenzó a subir otra colina más.

—Me decepcionaría si no hubiera uno —dijo, soltando una risita gutural.

El cochero encorvó sus macizos hombros.

—Sí, puede reírse. Una mujer pequeña como usted puede reírse, hasta que se encuentre cara a cara con ese formidable lord.

Jasper Rooney la había pasado a recoger por la posada Hawk and Hound sólo hacía dos horas. Su primera impresión de él fue que era un hombre adusto sin nada de imaginación; en ese momento pensaba si no padecería de un exceso de imaginación. Diciéndose que no debía alentarle a hablar, se desentendió de la punzada de curiosidad y centró la atención en contemplar el escabroso páramo por el que iba pasando el elegante calesín llamado tílburí Stanhope. Le llegó el olor del mar, pues se iban acercando a la costa y encorvó los hombros al sentir la fresca brisa. Y no pudo resistirse:

—¿Usted ha visto a ese fantasma?

—Pues sí que le he visto. Creí que me había vuelto loco cuando lo vi caminando por el parque con su elegante traje. Se lo dije a nuestro reverendo Donald y me dijo que yo no era el primero que lo veía. Es el fantasma del primer duque de Clairmont.

Le vibró de emoción la voz y se estremeció, pero ella no se asustó. Había visto cosas peores que fantasmas en su vida.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó—. ¿Le preguntó su identidad al fantasma?

—No, señorita. Pero es igual al retrato de Radolf. Un hombre temible, alto y fornido. Un guerrero con maza y espada.

Ella sonrió de oreja a oreja, segura de que el cochero no le veía la cara.

—Si lleva una maza, haré todo lo posible por evitarlo. Los guerreros me agotan.

—No es usted una señorita muy respetuosa —dijo él, en tono de reproche.

—No es usted el primero que hace ese comentario —concedió ella. Entonces el coche llegó a lo alto de la colina y exclamó—: ¡Pare!

Antes que Jasper detuviera totalmente el coche, bajó los peldaños y saltó al suelo. Ante ella se extendía un enmarañado bosque viejo, el páramo y el agitado mar. Avanzó por la verde hierba nueva aspirando el olor que desprendía al aplastarla con los pies. Alrededor había matorrales de brezo y zarza, y más allá se extendía el mar, ondulando a la orden del viento. Más lejos, en la distancia, se veían cuadros de tierra marrón que habían limpiado, arado y tal vez sembrado, pero aún no producían nada. En el mar, entre las rocas, se mecían barcas de pesca, empequeñecidas por la distancia. Juntando las manos en el pecho trató de contener la sensación de regreso al hogar que pasó por su interior.

Era un regreso al terruño, aunque nunca había estado ahí.

—Este lugar es terriblemente primitivo, ¿verdad? —dijo el cochero, como si esperara que ella estuviera de acuerdo—. Muchas



damas reaccionan igual que usted. Algunas desean dar la vuelta al verlo desde aquí, pero siempre continúan.

—Nunca había visto nada igual —dijo ella. Se llenó los pulmones de aire fresco, que la embriagó. Deseó correr y bailar, encontrar un lugar muy alto para saltar y dejarse llevar por el viento—. Estoy dispuesta a enfrentar los horrores de las tierras Clairmont, por el prestigio y la riqueza del duque.

Y luego dejarse caer suavemente a la tierra y ahí descansar y sanar.

—Claro que no puede marcharse —dijo Jasper—. Su excelencia dijo que usted es la nueva enfermera de lord Rand.

Descansar. Buen Dios, qué no haría por una buena noche de sueño.

—Le dije que era una tontería —continuó Jasper—. Los otros eran enfermeros, como debe ser, y no consiguieron arreglárselas con lord Rand.

El tono de mofa del cochero la sacó de su ensoñación y centró la atención en él.

—¿Arreglárselas con lord Rand? ¿Qué quiere decir?

—Las rabietas, gritos y maldiciones han hecho huir a cuatro hombres fuertes en ocho meses. ¿Cómo lo va a soportar una mujer? —La miró de arriba abajo, desdeñoso—. Sobre todo siendo tan pequeña y delgada.

Sylvan se quedó absolutamente inmóvil, tratando de combatir la sensación de haber sido traicionada.

Garth Malkin, el duque de Clairmont, le había asegurado que su hermano estaba inválido. Le dio a entender que la mala suerte había agotado todo el ánimo y la moral de lord Rand; la hizo suponer que era un hombre medroso, acobardado, que debía ser tratado con mucho cuidado. Esas afirmaciones de su excelencia fueron sus únicos motivos para dejarse persuadir de venir, porque en realidad no había escapado ilesa de su último encuentro con lord Rand Malkin.

Descubrió que no soportaba la idea de que esos ardientes ojos

azules de Rand estuvieran apagados por la derrota ni su vibrante cuerpo consumido, atrofiándose. Se había imaginado engatusándolo amablemente para que volviera a la vida, poniendo una sonrisa en sus pálidos labios y reencendiendo la chispa de su alma. Sin embargo, Jasper insinuaba...

—¿Empieza a tener sus dudas, señorita?

Dudas, desde luego. Las dudas eran para cobardes y damas, no para la señorita Sylvan Miles.

Cuadrando los hombros levantó la vista y lo miró sonriendo.

—Tendrá que esperar para ver, ¿verdad?

Él la miró boquiabierto y entonces apareció una sonrisa en su hosca cara.

—Tal vez usted lo consiga. Su excelencia no es ningún tonto, ¿verdad? —Se apeó del coche y le ofreció su enorme mano—. Será mejor que suba.

Ella no se movió.

—¿Dónde está la casa?

—Pasada la aldea, a la vuelta de la colina, arriba. Hace cuatrocientos años, lord Radolf la construyó frente al mar, así que las ventanas vibran con la más ligera brisa. Cuando hay tormenta tenemos suerte si mantenemos encendidos los hogares y el humo sale de la casa. El primer duque actuaba igual que los Clairmont de ahora. No le interesaba el sentido común ni la comodidad, sólo los problemas y los desafíos. Toda la condenada familia está empeñada en hacer locuras.

Jo, eso sí era interesante.

—¿Por qué dice eso?

—Será mejor que suba al coche, señorita. En la casa deben de estar esperándola.

No le iba a contestar. Estaba claro que lamentaba haber revelado algo, y ella no podía seguir interrogándolo. Podía no tener la crianza de una dama, pero su institutriz la había enseñado bien. Una dama no escucha los cotilleos de un criado.

Siempre había considerado que eso era desaprovechar informaciones valiosas, pero esa idea provenía de su vulgar linaje. Colocando un pie en el peldaño, subió al coche sin ayuda.

Jasper exhaló un suspiro de mal disimulada impaciencia y subió al pescante. Era un hombre inmenso, en realidad. Debería haber sido granjero, o soldado.

—¿Estuvo en Waterloo? —preguntó.

—Sí, señorita —dijo él, como si estuviera hablándole al par de hermosos caballos iguales, bajando por un serpentino camino—. Era el criado personal de lord Rand. Sigo siéndolo, si es por eso. Le cambio las sábanas, cuido de su ropa, lo lavo, lo visto.

—Lo lleva en coche también, supongo.

—Él no sale, señorita.

Ella se inclinó hacia delante.

—¿No? ¿Cómo se mantiene al corriente de las cosas que sin duda le interesan?

—¿Como qué?

Ella lo pensó.

—Bueno, como los acontecimientos que ocurren en el mundo. El exilio de Napoleón y cosas de esas.

—Le llevo los diarios de Londres cuando llegan.

—¿Y... esto, los acontecimientos de la propiedad?

—Le digo lo que necesita saber.

Tal vez la preocupación de Garth estaba justificada. Tal vez lord Rand había entrado en una especie de decadencia, de deterioro.

—O sea, que depende totalmente de usted —dijo, para evaluar más a Jasper—. Usted cuida de él cuando no hay ningún enfermero en casa. Hábleme de su enfermedad.

—No puede caminar.

Su laconismo rayaba en grosería, pero ella no se ofendió. Si él estuvo en Waterloo había tratado la herida que abatió a lord Rand y sabía más sobre su estado que cualquier otra persona. Jasper ya había demostrado que se sentía el protector de la familia. Tal vez la

historia del fantasma sólo había sido un invento para asustarla y hacer que se marchara.

—¿Qué es eso? —preguntó, apuntando hacia una nube de humo negro que se elevaba en el horizonte.

—La fábrica.

—¿Qué fábrica?

—La fábrica de hilado de algodón.

—¿En tierras Clairmont? —Miró la nube de humo, siguiendo su trayectoria hasta que se disipó con los vientos altos que hacían trizas las nubes—. Imposible. Los duques no se complacen en la industria. —Y seguro que no lo haría el simpático y guapo Garth—. Eso sólo lo hacen los comerciantes. Entonces se compran una baronía y ponen a su hija en el mercado del matrimonio en busca de un título que haga buena pareja con su fortuna.

—Bueno, de eso no sé nada, señorita. Sólo sé lo de su excelencia.

Qué diantres, pensó Sylvan. Igual podría haber dado rienda suelta a su curiosidad. Él no le diría nada.

El coche se zarandeaba por el camino lleno de baches. Pasaron por una hondonada en que había campos cultivados, donde unos hombres estaban arando y sembrando; después pasaron por en medio de una simpática aldea rural, con unas cuantas casas y tiendas. Se veía limpia y próspera, el tipo de lugar que ella había imaginado que existía pero no había visto nunca.

El herrero la observó atentamente cuando pasaron, y luego levantó la mano en gesto de bienvenida; ella correspondió el saludo.

Un regreso al terruño.

—Comenzamos la subida a la casa —dijo Jasper, apuntando con el mango del látigo—. Si mira hacia arriba cuando demos la vuelta a este recodo, verá un atisbo.

Ella miró, y ningún tipo de protocolo le impidió exclamar:

—¡Misericordia!

La casa estaba situada sobre la rocosa cima de la colina, como un buque de guerra gótico desafiando los elementos. Era evidente que

cada uno de los duques había tenido diferentes ideas sobre la elegancia y el buen gusto arquitectónico, y algunos debieron estar locos, como insinuara Jasper. Aunque lo intentara, la mezcolanza de chimeneas, ventanas y molduras talladas no distraían la atención del revoltijo exterior de piedra gris, arenisca y mármol.

—Da la impresión —comentó asombrada— de que un niño gigante hubiera derribado los bloques y luego intentado rearmarlos.

Vio que Jasper enderezaba la espalda.

—La mayoría de los visitantes se impresionan —dijo.

Dejaron atrás un bosque de inmensos castaños de Indias y serbales, luego los setos. Dieron la vuelta por un recodo y apareció la casa en todo su esplendor. Nada de ella se parecía a la nueva casa de su padre, que fue diseñada y decorada por los mejores artesanos de Inglaterra, pero en cierto modo Clairmont Court le daba la bienvenida, a ella, la hija de un industrial. El coche se detuvo ante una escalinata de anchos peldaños que subía a una terraza que llevaba a la entrada, y pudo contemplar el imponente edificio.

—Impresionante. Yo estoy impresionada. Nunca había visto nada ni remotamente parecido a esto. Es caótico, bárbaro. Es...

Una silla de madera salió volando por una ventana estrecha de la planta baja, rompiendo el cristal, cayó en la terraza y se deslizó por el suelo.

—Probable que empeore —terminó Jasper—. Debe de haber oído el ruido del coche y haberla visto llegar.

Unos chicos corrieron a sujetar las cabezas de los caballos al tiempo que del interior de la casa salía una voz ronca, potente, furiosa:

—¿Una mujer? ¿Me has buscado una mujer de corazón maternal?

Una estatuilla de cristal siguió a la silla, aunque por otra ventana, y los trozos de cristal roto destellaron como gotas de lluvia en un día de cielo despejado.

Jasper bajó de un salto y subió corriendo la escalinata, olvidán-

dose de su deber para con Sylvan, pero a ella no le importó. Sola podría captar mejor la situación.

Fortaleciéndose para estar preparada, bajó del coche. Se quitó los guantes y la papalina y se pasó la mano por el pelo, ahuecándose.

Los mellados bordes del cristal de una ventana se rompieron en una serie de ruidosas protestas al ser pinchados por un palo, tal vez un bastón.

—¿Qué diablos pretendes conseguir con una mujer?

—¡Dame eso!

Por la ventana se oyó claramente el ruido de una refriega.

—Eso, qué bonito, robarle a un lisiado.

—Si al menos esperaras a conocerla...

Sylvan reconoció la voz de Garth, aunque, más aún, había reconocido también la otra voz. Antes esa voz sonaba ligeramente desdénosa, indicando una atracción a regañadientes. El tono había cambiado, eso sí, pero también lo reconocía, por sus experiencias en el campo de batalla y en el hospital. Lo había detectado en cada soldado cuando lo llevaban chillando al cirujano para que le practicara una amputación.

Era un tono de rabia, dolor, repugnancia y miedo.

No deseaba enfrentar nuevamente esas dolorosas emociones. Los once últimos meses los había pasado intentando olvidar, aun sabiendo que no olvidaría jamás.

«Huye —le recomendó su cabeza—. Echa a correr antes que tu estúpida compasión te deje atrapada aquí.»

Pero sus pies avanzaron.

«Llama a Jasper y dile que has cambiado de opinión. ¡Huye!».

Subió lentamente la escalinata, oyendo los improperios furiosos de Rand y las reprensiones de Garth. Un florero lleno de flores salió volando por la ventana y cayó tan cerca de ella que, al romperse, el agua le mojó los zapatos y le salpicó el vestido. Lord Rand debía haberla visto y ya sabía adónde apuntar.

Esa era una clara señal de que debía marcharse, pero en lugar de

darse media vuelta, se agachó a recoger una de las fragantes rosas silvestres y continuó caminando, disimulando su aprensión con una expresión de calma, la expresión que había perfeccionado en el campo de batalla.

—Entre, señorita, ¡dése prisa! —le dijo Jasper desde la puerta, haciéndole gestos—. Nunca lo había visto así, y tal vez cuando vea lo hermosa que es usted, recuerde sus buenos modales.

Ella podría haberse reído de la ingenuidad de Jasper, pero esta demostraba lo poco que entendían al inválido.

Su aparición no calmaría a la bestia, lo provocaría, porque a ningún hombre le gusta verse débil e impotente ante una mujer.

De verdad debería marcharse antes de poner un pie en el interior de la casa, pero en ese momento de vacilación volvió a experimentar la cálida sensación de regreso al hogar. Clairmont Court la sorbió, y avanzó, pasando por el umbral de la puerta.

—¿Se va a quitar la capa, señorita?

Una criada de ancha sonrisa se inclinó en una reverencia mientras ella le pasaba los guantes y la papalina para quitarse el capote.

—Gracias.

El ancho vestíbulo de mármol se extendía hasta la escalera y había puertas a ambos lados. En una de las puertas estaban dos hombres y tres damas mirándola. Detuvo los pasos.

—Le dije a Garth que esta era una idea tonta —se quejó una de las damas, una mujer atractiva de unos cincuenta años, con voz aguda, exasperada—. No sé por qué no me hace caso.

—Tal vez, mamá, porque él es el duque y tú sólo eres la cuñada del duque.

Sylvan miró al joven que estaba en la puerta, que era la del salón, dándole palmaditas en la mano a su madre.

Él sonrió y le hizo un guiño.

—James Malkin, a su servicio, y mi madre, lady Adela Malkin.

—¿Por qué no debe tener una enfermera? —preguntó Sylvan a la dama.

—No necesitamos una «mujer» enfermera —enmendó lady Adela—. Sin duda usted es buena y amable, pero todos los otros enfermeros lo han tratado con timidez, cuando lo que necesita es que le metan algo de sensatez.

—No es un mal chico —dijo casi en un susurro la mujer de cara dulce y pelo plateado vestida a la última moda—. Sólo tiene dificultades para adaptarse.

Al vestíbulo llegó otro rugido de cólera y lady Adela se encogió:

—Si no recupera el autodomínio habrá que encerrarlo.

—¡Encerrarlo! —exclamó la otra mujer, la madre de Rand, suspuso Sylvan, con dos lágrimas bajándole por las mejillas, habiendo perdido la batalla por la serenidad—. Vamos, Adela, ¿cómo podrías?

—¿De veras se podría hacer? —preguntó Sylvan a James, no a las dos damas.

—No, en absoluto —repuso él rotundamente—. Pero estoy de acuerdo con mi madre. Lo hemos probado todo con amabilidad y él simplemente se enfurece más. Tal vez unas pocas sacudidas le irían bien.

Unas pocas sacudidas. Sylvan lo pensó y reanudó la marcha. Las botas de Jasper golpeaban el brillante suelo guiándola; tomaron por un corredor que salía a la izquierda y él se detuvo ante una puerta que parecía ser la de un despacho, un despacho convertido en dormitorio en la planta baja. Haciendo una inspiración audible, él abrió la puerta y la sostuvo ante ella.

La puerta. Cuando entrara estaría comprometida. Mientras lo pensaba, una vela golpeó el borde de la puerta, y a esta la siguió una andanada de otras seis, que golpearon la otra pared del corredor. Jasper les hurtó el cuerpo, contándolas, y finalmente declaró:

—Esas son todas las de ese candelabro, señorita. No corre peligro por el momento.

Sylvan entró.



Se desentendió de los libros diseminados por el suelo y de los huecos en los estantes; se desentendió de los muebles volcados y de los restos de todos los adornos que antes decoraban la habitación destrozada; se desentendió de la cara roja del duque de Clairmont, que tenía fuertemente cogido un bastón en una mano y murmuraba disculpas. Toda su atención estaba concentrada en el ocupante de la silla de ruedas.

Los ojos de Rand brillaban con diabólica intensidad observándola. Su pelo negro estaba todo revuelto, con mechones en punta, como si se lo hubiera estado mesando. La silla de ruedas de mimbre debieron haberla hecho especialmente para él, de forma que contuviera cómodamente su nervudo cuerpo y sus largas piernas.

Supo que eran largas porque vestía una bata de seda negra; una bata con dobladillo especial para que no le arrastrara por el suelo cuando hacía avanzar la silla. Una bata atada con un cinturón que revelaba claramente que llevaba puestos unos pantalones y nada más.

Él se movió pavoneándose. Un lado de la bata le cayó por el lado del hombro, dejando ver los desarrollados músculos de un hombre obligado a usar constantemente los brazos. Su pecho era igualmente musculoso. Cuando ella levantó la vista hacia su cara, vio que él se estaba riendo malicioso de ella.

¿Creía que nunca había visto a un hombre semidesnudo?

—Por Júpiter, Rand, cúbrete —dijo Garth, corriendo a subirle la bata para cubrirle el pecho.

Rand lo apartó de un empujón, sin dejar de mirarla a ella desafiante. Sólo sus manos delataban su agitación, porque después las aferró a las grandes ruedas de madera dura, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

Ella no podía prestar atención a Garth, no podía poner su atención en nada ni nadie aparte del hombre que se rechazaba a sí mismo rechazándola a ella.

Ofreciéndole la espinosa rosa con ostentoso ademán, dijo:

—Para ser un inválido, no es mal parecido.

Él cogió la rosa y la arrojó lejos.

—Para ser una enfermera, se ve casi normal.

Ella sonrió de oreja a oreja.

Él sonrió de oreja a oreja.

¿Cuál de los dos enseñaba los dientes con más desafío?, pensó ella.

—Qué conducta tan odiosa —dijo, como si la asombrara—. ¿Lleva mucho tiempo practicándola?

A él se le desvaneció un poco la sonrisa.

—Sin duda la perfeccionaré durante el corto periodo de su «visita».

—Esto no es una visita —dijo ella secamente—. Si deseara hacer una visita la haría a una persona educada y de buenos modales. Pero soy una empleada, y como tal debo ganarme el salario.

A él se le agitaron las ventanillas de la nariz y apretó los labios.

—La despido.

—No puede. No es usted quien me ha contratado.

Con un violento movimiento él cogió un libro y lo arrojó contra el panel superior de la ventana; el libro chocó y cayó. Ella retrocedió y él se rió satisfecho. El sonido de su risa la irritó y le confirmó su evaluación provisional. Adela tenía razón. Ese hombre necesitaba algo, algo diferente. Algo distinto del tierno cuidado y trato amable, y si no se comportaba, ella era la mujer para darle ese algo.

En descarado desafío, Rand arrojó otro libro al mismo panel y se rompió parte del cristal y los trozos cayeron dentro de la habitación. Garth soltó una maldición y retrocedió de un salto. Rand se quitó los cristales sacudiéndose como un perro para desprenderse del agua. A Sylvan le cayeron trocitos de cristal en el pelo, y cuando se pasó la mano para quitárselos, de un dedo le salió sangre.

—Uy, señorita Sylvan —dijo Garth avanzando hacia ella, aplastando y rompiendo más los cristales con las botas, con una expresión mezcla de humillación y decepción—. Permítame que llame a Betty para que le cure esa herida.

Por la sonrisa satisfecha que vio en la cara de Rand ella comprendió que Garth ya había claudicado.

— ¡No! No había comprendido lo que deseaba lord Rand. Ahora lo sé y no lo olvidaré jamás. —Tuvo la satisfacción de ver desaparecer la sonrisa de Rand—. Lord Rand, si deseaba tomar aire fresco, sólo tenía que pedirlo. Romper las ventanas me parece excesivo, pero eso me facilita cumplir con mi deber cuando se expresa tan elocuentemente.

Resuelta, avanzó hacia él.

Él retrocedió con la silla, receloso.

Sin el menor esfuerzo ella rodeó la silla y cogió los mangos para empujarla.

— ¿Qué pretende hacer? —gruñó él.

— Llevarle a tomar el aire.

— Señora, ¡no me va a llevar!

Resueltamente cogió las ruedas, pero ella tiró la silla hacia atrás y luego la empujó hacia delante.

— ¡Ay! —exclamó él, mirándose las palmas.

Ella empujó hacia la puerta, pasando las ruedas por encima de los libros y haciendo polvo los trozos de cristal.

— Sobrevivirá.

Rand cogió nuevamente las ruedas y las sujetó firme. La silla continuó avanzando muy lentamente, pero los rayos de las ruedas le pinchaban las yemas de los dedos y la fricción le calentó las palmas laceradas.

No podía creer que esa mujer fuera a hacer eso. Llevaba meses sin salir de la casa. Los médicos le habían recomendado que saliera; su madre intentaba convencerlo con mimos; la tía Adela lo regañaba; Garth y James lo embromaban. Pero ninguno se había atrevido a tratarlo con esa resolución y salir impune.

Y ahora esa diminuta mujer lo llevaba por el corredor en dirección al vestíbulo, donde todos lo mirarían. Volvió a coger las ruedas y casi logró detenerlas. Oía los jadeos de ella atrás, por el esfuerzo

para superar la fuerza de él; sentía su cálido aliento en el pelo y su pecho presionándole la espalda al empujar la silla con todo el cuerpo. Se relamió de satisfacción.

Ella se estaba agotando; él ganaría, y siempre la primera batalla es la más importante.

Entonces la silla avanzó bruscamente, con tanta fuerza que él levantó las manos y se le dobló el cuerpo.

Garth se apartó y se limpió el polvo de los dedos.

—¿Van a salir? —dijo—. Ojalá esto se me hubiera ocurrido a mí.

—Gracias, excelencia —dijo la mujer y continuó empujándolo.

—Pero, excelencia —dijo Jasper—, lord Rand no desea salir.

Por su tono Rand comprendió que Jasper estaba alarmado y eso lo enfureció más aún. Su fiel criado, el hombre que lo había acompañado en la batalla, no era otra cosa que una vieja sobreprotectora que se creía que podía dirigir su vida.

Todos creían que podían dirigir su vida, incluso su hermano y esa enfermera enana. Ya no le presionaba la espalda con el cuerpo pero él sabía que seguía ahí, empujando sin parar. Empujando, empujando. Y empujando llegó al final del corredor, dio la vuelta y entraron en el vestíbulo. Los criados observaban, asomados con falsa discreción por los rincones y recovecos. Sus familiares lo observaban sin disimulo, todos agrupados en el vestíbulo.

—Garth, querido. Rand, querido. Ay, Dios —balbuceó su madre sonriendo valientemente.

—Me alegra verte, primo —dijo James.

Y lo dijo con ese tono de voz alentadora con que lo trataba desde su regreso de la guerra, convertido en un inválido inútil. Esa fue la primera vez que lo decepcionó y la decepción fue amarga. James no lo miraba a los ojos desde la batalla de Waterloo.

—Rand —dijo la tía Adela, y su voz, educada y correcta, resonó como la campana de una iglesia sobre su cabeza—. Cúbrete, estás indecente.

Pero a él nada lo divertía más que ofender a su tía Adela, y su

expresión horrorizada le devolvió un poco de equilibrio. Le sonrió con una satisfecha sonrisa ofensiva.

—No hay manera de hablar contigo, veo —lo regañó ella—. Pero por lo menos piensa en los santos modales de Clover Donald. Está horrorizada.

Rand vio a la esposa del párroco mirándolo desde el interior del salón. Parecía una ratona, tan tímida que sólo se asomaba por detrás de su madre, la tía Adela, James y el reverendo Donald.

—Es posible que no se haya divertido tanto desde hace años —replicó, y agitó la mano saludándola—: Hola, cariño.

Alto, rubio y vestido todo de negro, Bradley Donald se tomaba muy en serio su sacerdocio, en especial en lo que se refería a su tímida mujer; girándose le cubrió los ojos con una mano.

—Pecaminoso —declaró.

Rand se relajó y la silla reanudó la marcha.

Eso había sido divertido.

Entonces vio a Jasper, con los labios muy fruncidos, sosteniendo la puerta de la casa abierta.

Buen Dios, sí que iba a salir.

Él, al que le había encantado caminar y cabalgar, iba a salir en una silla de ruedas. Iba a salir con una enfermera, como un gusano indefenso que necesita protección.

Él, que había sido el más fuerte de los hermanos. Él, que había sido el más rápido, el más enérgico, en el que estaban puestas todas las esperanzas de la familia. Iba a salir y todo el mundo lo iba a ver, a reírse de él.

—Por favor —masculló, cogiéndose de los brazos de la silla.

Ella empujó la silla y la hizo pasar por el umbral saliendo a la luz del sol, como si no lo hubiera oído.

Y tal vez no lo oyó. Tal vez su mala audición lo salvó de parecer tan patético como se veía.

El viento lo golpeó fuerte, pero sintió agradable el sol en la cara, por no decir en las piernas y el pecho. Dos de los perros de caza se

levantaron, se desmerecieron y se le acercaron a olerle las manos. Darles palmaditas era un placer olvidado porque no se les permitía entrar en la casa.

Y, francamente, ¿cuántos desconocidos podrían verlo ahí sentado en la terraza?

—Por favor, traedme mi capa —dijo la mujer a los criados que rondaban por ahí—. Y después, si sois tan amables, levantad la silla y bajadla por la escalinata.

Él miró alrededor y comprendió que se refería a «su» silla.

—¿Qué diablos piensa hacer? —preguntó con un gruñido.

—Se me ha ocurrido que salgamos a dar un paseo —dijo ella. Cogió la papalina que le pasó una criada, se la puso y se ató las cintas bajo el mentón—. Me hace ilusión ver el Atlántico.

Garth ni siquiera pestañeó. Actuaba como si él saliera periódicamente a pasear por el campo llevando su silla de ruedas, alardeando de su impotencia para que todo el mundo pudiera apuntarlo con el dedo y reírse. Su amado hermano lo traicionó haciéndole un gesto a Jasper.

—Bájalo por la escalinata.

Rand esperaba que Jasper pusiera más objeciones, pero le tenía el respeto debido al duque de Clairmont.

—Coged una rueda cada uno —ordenó Jasper haciéndole un gesto a dos lacayos—. Yo levantaré el reposapiés.

Rand le dio un puñetazo.

Jasper cayó sentado en el suelo de piedra; a Rand se le fue el cuerpo hacia atrás por el impacto. Cuando recuperó el control, vio a Jasper con la mano en la boca y a los dos lacayos asustados.

Bajando la mano, Jasper se miró la palma y vio sangre, y luego movió los labios enseñando los dos dientes frontales.

—No ha perdido esa derecha castigadora, lord Rand.

—Intenta levantarme otra vez y probarás mi izquierda.

—Vamos, lord Rand —dijo Jasper, en tono de reproche, por en medio de sus labios hinchados—, sólo cumplo con mi deber.

Rand casi no veía por la niebla roja que tenía ante los ojos.

—Tu deber es obedecerme a mí.

Sylvan se puso los guantes.

—Actúa como un perro baboso.

—Y usted actúa como una cerda.

El viento cantó con su voz elemental, los perros se lamieron, y todos los demás guardaron silencio.

—Oh, Rand —gimió Garth, de pie en la puerta.

Él quería a su hermano, de verdad. Sabía que Garth sólo quería lo mejor para él, pero no comprendía, no podía comprender, la desesperación ni la humillación que lo embargaba.

Nadie lo entendía, pero detestaba humillar a su hermano con esa falta de modales. En realidad, se humillaba a sí mismo. Pero eso no quería reconocerlo; no lo reconocería para ver la sonrisa afectada de la mujer.

—Bueno, lo es —ladró.

—Me han llamado cosas peores —dijo ella, aparentemente imperturbable, poniéndose el capote—. Y hombres mejores.

¿Nada la afectaba?

Jasper alargó una mano y tocó el reposapiés de la silla de ruedas, y puesto que él no hizo nada aparte de mirarlo furioso, hizo un gesto a los lacayos. En silencio, lo bajaron por la escalinata, atravesaron el camino de entrada y lo dejaron en el sendero que llevaba hacia el mar.

Rígido de desaprobación, Jasper apuntó hacia la mancha azul que brillaba más allá de los árboles.

—Siga ese sendero, señorita. Es bastante bueno, así que no tendrá muchos problemas, pero no baje demasiado hacia la playa, porque tendrá dificultades para traer de vuelta a lord Rand.

Ella ocupó su lugar detrás de la silla de ruedas.

—Gracias, Jasper.

—Ha hechizado a mi hermano, ¿eh? —dijo Rand, secamente—. A mí no me va a hechizar.

—Dudo que los resultados valgan el esfuerzo.

Con un violento empujón hizo avanzar la silla y, pese a su diminuta estatura, siguió haciéndola rodar por el sendero.

Generación tras generación, los duques de Clairmont y sus familiares habían cabalgado por ese sendero y los caballos habían dejado un surco en el liso césped pasando por entre las peonías florecidas. Las ruedas de la silla saltaban pasando por fuera del surco, y él saltaba con ellas, experimentando la molestia con tristeza triunfal.

Menuda enfermera era esa mujer, tratando a su paciente con ese desdeñoso desinterés. Probablemente no era más que una de esas frescas que se bebían el whisky de sus pacientes, administraban los medicamentos cuando se acordaban y puteaban con los pacientes que tenían dinero.

Una gran lástima que no pudiera putear con él. Daría muchísimo por tener esa carita engreída sobre una almohada. Le enseñaría quién estaba al mando.

Al menos, se lo habría enseñado en otro tiempo.

Llegaron al acantilado que bajaba hacia la playa en suave pendiente. Él había bajado y subido por ahí desde que aprendió a caminar. En la primera parte del sendero la pendiente era apenas nada, hasta llegar a una explanada rocosa donde se había sentado muchísimas veces. Pero a partir de ahí la pendiente era más pronunciada y el sendero serpenteaba virando a la izquierda y a la derecha, en cerradas curvas que hacían posible el descenso para aquellos que tenían piernas capaces de caminar.

En otro tiempo le había encantado ese lugar. En ese momento se aferró a las ruedas, mirando alrededor, temeroso. El acantilado encerraba la playa por ambos lados, convirtiéndola en una trampa para los tontos que no sabían lo de las mareas. Las rocas redondeadas por la erosión, en cuyos huecos se juntaba la arena, lo llamaban como un sacrificio cruento. El agua del mar lamía la playa, arrastrando la arena.

—Qué precioso.



Las palabras sólo fueron un suspiro, pero él las oyó. Volvió a mirar, entrecerrando los ojos para evitar el brillo del sol. Lo había visto así una vez.

Ella avanzó y se puso a su lado.

— Veo hasta el infinito.

Él la miró y vio que veía hasta el infinito también. El viento lo hacía posible, pues le aplastaba al cuerpo el delgado algodón azul del vestido, moldeando todas sus curvas. Se veía como si un hombre elfo, absolutamente borracho, la hubiera armado como a su ideal. Era esbelta y lo bastante baja para que la cabeza le quedara bajo el mentón, si pudiera estar de pie.

Pero no era flaca. Tenía buenas curvas. Era guapa también. No hermosa, pero sí atractiva. Incluso en reposo, su cara revelaba que le gustaba reír, por las finas arruguitas en las comisuras de su ancha boca y de sus grandes ojos almendrados. Pero su pelo, ¿era rubio o blanco el mechón que aparecía por entre sus cabellos castaños?

— ¿Qué edad tiene? — le preguntó.

— Veintisiete años — contestó ella tranquilamente—. ¿Y usted?

Entonces él recordó que era de mala educación preguntarle la edad a una mujer. Hacía tanto tiempo que no era educado con nadie, tanto tiempo que no le importaba lo que pensarán de él, que había olvidado esa regla elemental. Pero no iba a pedir disculpas por esa infracción de poca monta. Había hecho cosas peores esos últimos meses, y a personas a las que quería.

— Treinta y seis años, para llegar a los cien — dijo.

— ¿No esperamos eso todos?

Pasaron pájaros catapultados por el viento. Ella los observó, mientras él la observaba a ella. Era blanco ese mechón de pelo. Su piel resplandecía como esa perla de forma rara que se ponía su madre en ocasiones especiales, y sus grandes ojos verdes chispeaban como si se hubiera reído toda la vida, pero en algún momento, por algún motivo, las lágrimas le habían marcado reveladores surcos en la delicada piel.

—Vamos ahí —dijo ella apuntando hacia la explanada rocosa del primer saliente.

—No.

—Podríamos apoyarnos en la roca y esta nos protegerá del viento.

—No podrá subirme de vuelta.

Ella lo miró detenidamente.

—Con esos músculos, usted puede subir solo la silla.

Entonces él comprendió que el viento no sólo revelaba el cuerpo de ella; revelaba el de él también. Su descarado pavoneo en el interior de la casa se había convertido en un flagrante exhibicionismo ahí. ¿Qué hacía en el acantilado en bata?

Se la cerró bien sobre el pecho y se ató mejor el cinturón. Entonces la silla se movió y comenzó a bajar la suave pendiente, empujada por ella.

—¡No!

Alargó las manos para coger las ruedas pero ella se apresuró a decir:

—¡No! Perderé el control.

Perder el control. Vamos, por el amor de Dios, esa frase de pesadilla. Se quedó inmóvil y se dejó llevar, y llegaron a la roca plana. Ella retrocedió la silla y la detuvo en medio de un hueco. Se quitó el capote, lo dobló, lo dejó en el suelo y se sentó a los pies de él.

No dijo ni una sola palabra. Él tampoco. Estaba en peligro ahí, lo sabía. El lugar era demasiado abierto, demasiado salvaje. Esa exposición a los elementos le hacía arder la piel, le secaba los pulmones y le helaba el alma.

Sin embargo, la ancha boca de Sylvan, que parecía como si debiera estar en constante movimiento, sonriendo o hablando, continuaba serena. Tenía las manos apoyadas en la falda, con las palmas hacia arriba. Se le habían alisado las extrañas arruguitas de la cara, y contemplaba el Atlántico como si en sus profundidades estuviera su salvación.

Se había sentado cerrándole el paso a su silla.

Salvándolo de sí mismo.

En otro tiempo venía a ese lugar cuando la vida se volvía muy frenética, cuando deseaba hacer las paces con el desenfreno de su alma. En ese momento la previsibilidad de las olas rompientes comenzó a hacer su trabajo en él. Los chillidos de los pájaros, el sabor salobre en la lengua... Se le aflojó el nudo del estómago. Por primera vez, después de meses, no pensaba, no sentía, simplemente era.

Y lo mejor de todo eso, era que su acompañante parecía igualmente afectada.

Pero cuando lo miró comprendió que sentía compasión por él.

Estaba harto de la lástima.

—¿Cómo diablos se llama?

—Sylvan.

—¿Sylvan qué más?

—Sylvan Miles.

El nombre le sonó vagamente conocido. La miró.

—¿La conozco?

Las luces y sombras bailaban en su cara como si fuera la tierra bajo un cielo moteado por nubes.

—Una vez bailamos.

La falta de expresión de su voz le dijo mucho.

El recuerdo le golpeó las entrañas.

Ella estaba en Bruselas antes de la batalla de Waterloo, como tantas otras damas inglesas. Esas fiestas eran una burla ante la batalla más importante que se ha producido en la Europa moderna, y ella estaba ahí, coqueteando con todos los hombres, cautivándolos, riendo y cotilleando, vistiendo los trajes más elegantes, cabalgando un hermoso semental y... bailando.

Ah, sí, qué bien que la recordaba.

—Pardiez —exclamó, dando un golpe en el brazo de la silla con el puño—. Usted se alojaba con Hibbert, el conde de Mayfield. Era su amante.

Hecha añicos su serenidad, se puso de pie de un salto.

—No diga eso.

—¿Por qué no? Es cierto.

—No. Era... —Cerró los ojos un momento y los abrió—. No, no es cierto —dijo en voz baja.

Por Júpiter, ya la tenía. Era sensible respecto a su pasado, como bien debía.

—Usted es igual a todas las otras enfermeras —dijo, saboreándolo—. De moral laxa. Pero no era enfermera cuando vivía con Hibbert. —Dando golpecitos en el brazo de la silla, empleó su tono más desagradable e insinuante—: No estaba casado y, hasta usted, nunca había mantenido a una mujer.

Ella bajó la cabeza como un toro a punto de atacar.

—Hibbert era mi más querido amigo y no voy a tolerar que lo calumnie.

—¿Por qué iba a calumniar a Hibbert? Me caía bien, y murió como un héroe en el campo de batalla de Waterloo.

—Lo que es más de lo que hizo usted —dijo ella, y continuó, también en tono despectivo—: Su hermano no se ha casado tampoco. Es duque, necesita un heredero y debe de andar rondando los cuarenta años.

Ah, jo. Eso lo explicaba todo. Era una cazadora de fortunas, como todas las demás mujeres que simulaban un interés en Clairmont Court. Enderezó la espalda.

—¿Ha venido aquí a cazar a un duque? Porque le advierto...

—No, yo le advierto a usted... —Se interrumpió para hacer una inspiración—. No diga una palabra más.

—No permitiré que haga desgraciado a mi hermano. Le diré la verdad a Garth, que usted es una puta de primera clase.

Girando sobre sus talones ella comenzó a subir por el sendero y él la observó con salvaje satisfacción. Expulsaría de ahí a la putita y...

—¡Eh, espere!

Ella se giró a mirarlo con una tensa sonrisa.

—No puede dejarme aquí.

—Ah, ¿no?

—¡Condenación! —Hizo girar la silla un poco—. No puedo volver solo.

—¿No?

—Sabe que no puedo.

—Pues debería haber pensado eso antes de insultarme. —Se dio un tirón en la falda—. Nos vemos en la casa.

Lo golpearon la furia y el miedo.

—Nos veremos en el infierno.

—Ya conozco ese territorio —dijo ella, asintiendo amablemente—. Si hemos de encontrarnos en el infierno, correré en círculos a su alrededor ahí también.

Diciendo eso se alejó y él la siguió con la mirada. Y continuó alejándose. Su único consuelo era ver el claro contorno de sus nalgas, modeladas por el viento mientras caminaba hacia la casa, y eso no era un consuelo, o no debería serlo. Sin desearlo, apreciaba ese bonito contorno.

¿Y por qué no? Si hacía lo que debía hacer, ese sería su último recuerdo.

Girando nuevamente la silla, miró hacia el mar.

Al fin y al cabo, ¿qué mejor lugar para poner fin al único loco que había producido la familia Malkin?